

HUMANIDADES Y FILOSOFIA FRENTE AL MAR CANTABRICO

UN paraje apacible de la costa cantábrica, rodeado de lomas verdes. Hasta él llega la brisa salobre del mar que vuela desde el cercano puerto de Santander, en cuya bahía, casi al alcance de la mano, descansan barcos de todas las banderas.

Es éste un sitio tranquilo y grato, apartado de los ruidos estivales de la ciudad veraniega, donde se alza un severo y venerable edificio de piedra que fué en su origen monasterio de padres Jerónimos, fundado en el siglo XV por Pedro de Hoznaye. Al entrar en el jardín que lo separa de la verja exterior, se adivina un plácido ambiente de intimidad, que invita a penetrar en el amplio claustro, donde se conserva puro el estilo arquitectónico del XVII español.

Grupos de jóvenes, que dedican sus vacaciones a estudiar, conversan y discuten acerca de la lección reciente de un profesor o comentan la próxima a que van a asistir. Inmediatamente descubre el oído diferentes tonalidades de voz, que vienen a ser como un mapa mundi lexicográfico, en el cual se mezcla y confunde toda la geografía humana del lenguaje. Palabras mexicanas, argentinas, chilenas. Giros regionales de la Península ibérica. Charlas en francés, inglés e italiano y, también, en algún idioma eslavo de complicada y desconcertante fonética. En estas antiguas y mudas arcadas de piedra gris viven estudiantes venidos de todas partes en su afán de saber y conocer. Y es España quien les proporciona esta oportunidad cultural y docente. España, que, continuadora incansable de su espíritu misional, está dictando al mundo su palabra en la Universidad Internacional "Menéndez y Pelayo", bella y prometedora realización del ideal hispánico.

En las aulas se tratan todos los palpitantes problemas de América, Europa y España. Y en los patios y en los claustros se habla y se comenta. Al calor de estas animadas conversaciones surge la amistad y la comprensión, la camaradería y el contacto intelectual. Un mismo problema presenta diferentes matices, según sea visto por un rumano o un nicaragüense; pero de la resultante de las distintas interpretaciones brilla la verdad en toda su amplitud. Por eso creo que en esta magnífica posibilidad de conocerse y comprenderse reside el mayor mérito de la ejemplar institución.

Poco a poco baja el diapason de las voces, y los grupos se dispersan. Uno de ellos, al que nos hemos agregado, se dirige a escuchar la primera conferencia del marqués de Lozoya, cuyo prestigio despierta el mayor interés entre los cursillistas. La autorizada, fácil y amena palabra del profesor nos da en certeras pinceladas una visión del arte americano del siglo XVII, donde se compenetraron maravillosamente los elementos españoles e indígenas, imprimiendo estos últimos un carácter propio a los estilos aportados por la metrópoli. Abundan los ejemplos, y la anécdota y los recuerdos de viaje mantienen sin esfuerzo la atención del auditorio. Cuando el Marqués de Lozoya subraya su frase final —"debemos amar el barroco porque es la expresión y síntesis del alma española"—, parece como si la lección hubiera acabado de comenzar.

LA HORA DEL BAÑO

A las doce del mediodía se transforma la Universidad. Los muchachos dejan de pasear gravemente con sus libros bajo el brazo y sustituyen los textos por el traje de baño.

Es la hora de la playa y hacia las espumas cantábricas se dirigen bullangueros grupos de cursillistas, que trepan por las lomas para acortar el camino que les separa de la costa. En toda la zona de Monte Corbán brilla el sol sobre el pasto verde y el mar azul, y dibuja destellos transparentes en la plateada cúpula de la capilla del cercano cementerio, que recorta su redonda silueta en un cielo sin nubes.

Las discusiones siguen entre las zambullidas en el agua tibia, y los temas, como siempre, son variadísimos: los Estados Unidos de Europa, las actuales escuelas filosóficas, las corrientes políticas de Hispanoamérica, los últimos descubrimientos de la Física y la Medicina... Todas las inquietudes del espíritu, todos los problemas del hombre contemporáneo son examinados y discutidos por estas promociones juveniles, que sienten los más laudables deseos de superarse en el estudio y la experiencia, para gritar al mundo la palabra auténtica de nuestra generación. Así, en esta dualidad de sabiduría y naturaleza, de libros y paisaje, es donde la misión universitaria de España puede desarrollarse en toda su amplitud.

LOS CAMPESINOS

El antiguo monasterio y sus visitantes veraniegos irradian hoy su influencia en todo el rincón montañés que lo rodea. Los campesinos de los caseríos cercanos sienten una especie de ingenuo orgullo al verse en contacto con estudiantes que hablan tan extrañas y diversas lenguas. Prodigan sus frases de simpatía, su hospitalidad acogedora y muestran un gran deseo de conocer cómo es esa América de la que tanto han oído hablar. Esa América hacia la que fueron en barcos de vela sus antepasados, en viaje de ilusión y aventura, y que ha llegado en nuestros tiempos a su mayoría de edad hasta formar un mundo vigoroso, joven y esperanzador.

Varias veces he visitado a estos campesinos, cuyo parecido con los "rotos" americanos me llamó mucho la atención. En sus casas, modestas y limpias, siempre hay para el visitante un vaso de leche o del buen vino de la tierra. Y no intente nadie pagarles después, porque perdería el tiempo. Este "roto" montañés es desprendido y acogedor como pocos, y su casa es el hogar del forastero.

Otra de sus características más admirables para quien los conoce por primera vez y que les hace singularmente simpáticos, es su gran afición al canto. Tienen magníficas gargantas y mejor oído, que les permite entonar su folklore a tres o cuatro voces sin esfuerzo alguno.

¡Qué maravilla un pueblo así, llevando en el alma la alegría que le impulsa a cantar siempre!

ORGANIZACION DOCENTE

Los cursos, en los que se agrupa un total de 200 alumnos, están divididos en cuatro secciones: Problemas contemporáneos, Humanidades, Periodismo y Pedagogía. El curso para extranjeros, que funciona en la misma Universidad, acoge otros 250 estudiantes. Larga resultaría la enumeración de los profesores



(VIENE DE LA PÁGINA 25)

alfombras de esparto cuya traza recuerda las de Salé, aunque sin los adornos de lanas de colores. Es la artesanía autóctona —ajorcas, skaras, haiti, armería— la que se encuentra junto a la península, puesta en pie de igualdad con ella por tutela del Estado. Todo esto tiene su importancia. En primer lugar, Fez, Tetuán y Rabat —calificadas como «Hadrias» por su espíritu y cultura— ya han sido consideradas en alguna ocasión como las tres grandes capitales andaluzas. Al venir a Madrid, puede decirse que viene a su casa la artesanía de Marruecos. En segundo, la organización social propia del pueblo marroquí se siente robustecida, en la misma medida que se robustece la influencia antigua de los Gremios. El «amín» es hoy algo más que mero recuerdo sentimental o conocimiento de eruditos. Aparte de que —según De Roda— si bien es cierto que en Marruecos se han conservado mejor que en otros países islámicos las tradiciones y métodos de trabajo que tanto lustre dieron a su artesanado en la brillante época de los califas, la escasa inventiva del trabajador marroquí y otras circunstancias habían puesto a su artesanía en trance de desaparición. Lo que va a evitarse, gracias a la asistencia española, por la que se salvarán el arte bereber y el hispanomorisco, coexistentes hoy en la misma área geográfica.

La falsa artesanía marroquí, realizada en talleres europeos y hasta japoneses, antes de la guerra, ha tenido que emprender una prudente retirada. Existen, con aquella autoridad de otros tiempos, los «amines» o jefes de los Gremios; existe el «hanta» con su demostración menor, los bakalitos, donde las babuchas se hacen nuevas o reparan a la vista de su dueño; y hay chau-chau al atardecer, en torno al té y la hierbabuena, para que los maestros bien barbados hablen con sus voces agudas de lo mal que andan ahora los oficios.

Y anda España en todo esto.

L U I S C R E S P O L E A L

DE NUEVA YORK A MADRID

(VIENE DE LA PÁGINA 38)

fueron encaminadas preferentemente hacia estos lugares, que les hablaban un lenguaje perfumado y desconocido para ellos. La leyenda, el romance, la literatura y el documento del pasado, todo ello vivo y en movimiento en cada esquina, en cada piedra venerable, en cada curva arquitectónica.

La casa de Lope de Vega; el convento donde se dice que está enterrado Cervantes; la taberna que supo de alguna hazaña de Luis Candelas; la plaza municipal donde se alanceaban toros en presencia de los Monarcas; las huellas de Casta y Susana envueltas en lejanos compases de schotis; el linaje de la casa de Alba; las calles de Galdós...

Cada día, una sorpresa. Madrid se convirtió para los cursillistas, especialmente para las muchachas, en un itinerario de ilusión palpitante.

VIAJE AL PINTORESQUISMO

Los estudiantes norteamericanos pudieron realizar otro de sus mayores deseos, acariciado quizá entre el cemento neoyorquino o los tabacales de Virginia: saturarse de sol meridional, y de coplas con guitarra, y de aromas de claveles, y de ojos negros y matas de pelo con flores, y de ciudades salvadas de la impersonalidad de lo moderno por la gracia del tiempo que no se movió en ellas.

Así, una vez finalizado el cursillo, emprendieron la ruta del Sur. Andalucía, abanico primoroso y alegre, se abrió ante los ojos de los visitantes americanos para mostrarles todo su profundo pintoresquismo, toda la honda y grácil verdad de su fisonomía, tan distante de la pandereta que ellos habían supuesto o que habían visto pintada en sus películas con colores exagerados y falsos.

Pudieron beber el vino de Jerez en las propias bodegas, contemplar las dilatadas dehesas con los toros bravos y libres, oír un fandanguillo bien cantado junto a una reja con rosales, presenciar un baile típico en su escenario real, conocer los monumentos de la civilización árabe y escuchar de la boca del pueblo los mejores donaires y las más ingeniosas chanzas.

Cuando lleguen a sus hogares y vuelvan a sus oficinas y a sus aulas, cerrarán muchas veces los ojos para evocar un cielo inmensamente azul bajo el cual todo parecía transformarse en un grato e increíble sueño.

LA DESPEDIDA

He aquí, como punto final de esta información, una muestra de cursillistas y sitios de procedencia, que habla bien a las claras del interés y el entusiasmo que el viaje a España provocó en todos los meridianos estadounidenses. El comienzo de la lista de nombres decía así:

Miss Harriet Adams, de la Universidad de Michigan; Roleand Apfelbaum, de Cornell University; miss Helen Atwater, del Northwestern de Chicago; James Aye, de Georgetown University, Washington D. C.; Robert Buda, de The New York City College; miss Elizabeth Martha Cole, maestra de las Universidades de Ohio y Wyoming; miss Essie Mareka Curtright, maestra de Machouse College Atlanta (Georgia); miss Ethel M. Dimm, de la Universidad de Pensilvania; la profesora de español señorita María Luisa de Carli, del College of Pacific de California; miss Jane Ellis, del Bryn Mawr College de Boston; miss Evans Blanche, bailarina, del Hunter's College de Nueva York; la profesora de español miss Louise Gilbert, del Burnham School de Massachusetts; Mr. Judge, catedrático, de Wisconsin; R. P. Glimm, del Seminario de la Inmaculada de Huntington; James Gerard Stier, de la Universidad de Princeton; miss Elizabeth Killion, que ha explicado cursos en Harvard y otros prestigiosos colegios y universidades; John Edward, historiador, que escribe actualmente un libro sobre el humanista español Valdés...

En ellos—y ante la imposibilidad de seguir copiando nombres—saludamos a la juventud estudiosa norteamericana. Que este primer cursillo sea el prólogo de una labor fecunda y continuada, y que España y los Estados Unidos puedan ver muchas veces unidas, en los mástiles de sus centros docentes, las dos banderas que han ondeado por vez primera en el corazón de la Ciudad Universitaria de Madrid.

FRENTE AL MAR CANTABRICO

(VIENE DE LA PÁGINA 47)

que han venido para dictar sus enseñanzas. Baste decir que son los mejores de España y de los más caracterizados de Europa y América. Por citar algunos, nombres siquiera a Eugenio d'Ors, de la Real Academia Española; Angel González Alvarez, de la Universidad de Murcia; Joaquín Ruiz-Jiménez, de la de Sevilla y director del Curso; Fracais Perroux, del Instituto de Ciencias Aplicadas de París; Gustave Thibon, autor de varias obras de Filosofía; Henry Massis, de la Universidad de París; Francesco Vito, de la de Milán; Laureano Gómez, de la de Bogotá...

Dentro de la sección de Problemas contemporáneos existe un Curso que demuestra claramente la amplitud de criterio y la comprensión de la hora actual del mundo que tiene esta Universidad. Me refiero al "Curso de dirigentes sociales". Ya en Madrid, en ocasión de una visita hecha a la magnífica Escuela de Capacitación Social, me había dado cuenta del interés de España por educar al futuro dirigente sindical, y hoy este significativo detalle del programa de la Universidad Internacional confirma mi primera impresión. Codo a codo con los universitarios, los obreros escuchan las conferencias sobre "Principios cristianos de ordenación social" o sobre la "Historia de los movimientos sociales". Y así, cuando el Curso finalice, podrán llevar a los sindicatos una voz cultivada en las disciplinas docentes que sabrá acallar, con argumentos basados en la justicia y en las aspiraciones de la patria, la amarga y huera palabra de los que trafican con las angustias del pueblo.

LA HORA DEL ALMUERZO Y LA DEL CAFE

¡Volvamos a los que, tostados por el sol y con la alegría de dos horas de playa, regresan a la residencia universitaria poseídos de un apetito descomunal. En su bulliciosa charla evocan jocundamente las incidencias de un trepidante partido de fútbol, donde se batieron con igual entusiasmo profesores y alumnos. Algunos hablan de Ruiz-Jiménez y afirman que estuvo magnífico de toque de balón y de elegancia en el pase. Y en sus palabras hay una incontestable simpatía hacia ese hombretón, joven de alma y de cuerpo, que con su jovialidad supo hacerse amigo y camarada de todos cuantos le conocen.

El almuerzo en el amplio comedor ofrece oportunidad para nuevas amistades. No deja de ser interesante y aleccionador comer hoy con un húngaro que cuenta sus angustias en la guerra, mañana con un español que habla de los hielos de las estepas rusas, pasado con un filipino que evoca con entusiasmo sus lejanas islas al otro lado del mar, donde se cree en Dios y se habla castellano.

Por las tardes se dan algunas clases y seminarios, y una cosa muy importante también es la hora del café, que aquí, en España, constituye una verdadera institución. Nadie más indicado para llenar este tiempo que José María de Cossío, el cual asegura que necesita por lo menos "ocho horas de café". Es el escritor que más sabe de toros, según se afirma, y recientemente ha publicado una verdadera enciclopedia del arte taurino.

Una tarde, ante el ruego de los estudiantes hispanoamericanos, se dispuso a charlar de muy buen grado. En un momento se vió rodeado de un enjambre de muchachos. Surgen las preguntas, y las agudas respuestas de Cossío van abriendo al encantado auditorio las puertas de ese mundo de gracia y valor que es el toreo. Nombres de famosos diestros van salpicados de recuerdos y anécdotas, y, lógicamente, Manolete, cuya muerte cubrió de luto los ruedos, es el que más interés despierta.

El atardecer llega de improviso y sin sentir. Los cristales de las gafas del infatigable y simpático charlista reflejan en pálidos destellos la luz difusa del patio. Miramos el reloj y comprendemos que al lado de una persona tan ingeniosa como Cossío pasen fácilmente esas "ocho horas" de café.

LA TARDE Y LA NOCHE

Es costumbre por las tardes caminar hacia el mar y subirse a las rocas para ver la puesta del sol. Recuerdo especialmente una de ellas. Estábamos sobre una loma admirando el suave atardecer un grupo de estudiantes españoles, chilenos, argentinos y varias muchachas también hispanoamericanas. Cantábamos canciones de nuestros países, cuando uno dijo algo que me impresionó vivamente, porque sus palabras revelaron su alma española y cristiana. Dirigiéndose al padre Oswaldo Lira, le rogó: —Padre, es la hora del Angelus.

Inmediatamente nos pusimos todos en pie. Y en la paz del paisaje, sólo interrumpida por el cantarino bronce de una campana distante, empezamos a rezar con verdadera emoción:

"El Angel del Señor anunció a María..."

Todas las noches, la Dirección de la Universidad ha tenido el acierto de ofrecer a los alumnos magníficas representaciones de canciones y danzas populares. Es entonces cuando el severo claustro se llena de gracia, de músicas, de suaves voces de mujer. De trajes multicolores, que tienen el encanto de la más fina tradición. De bailes típicos, cuya historia se pierde en los siglos.

El folklore cantábrico, el catalán, el castellano, el andaluz, cada uno con sus características, ha ido dejando en Monte Corbán sus huellas peculiares, sus ritmos y sus melodías.

Terminadas estas representaciones, cae el silencio lentamente y se arrastra por los corredores hasta envolverlo todo. Sin embargo, siempre queda algún rezagado grupo de amigos que aún tienen mucho que contarse. Sus voces solitarias resuenan en los muros y las piedras de los arcos, hasta que poco a poco se van apagando vencidas por el cansancio de la jornada.

Al amparo de la noche, que se tiende sobre Monte Corbán, surgen los sueños, y con ellos, los recuerdos de las tierras lejanas, donde espera una familia y una patria. Para algunos, estos anhelos se detienen ante una muralla de sombra y de odio. Para otros, se diluyen en el drama cotidiano de una Europa occidental desarticulada y oprimida. Para nosotros, vuelan hacia nuestra América, que pugna por decir su palabra a la Historia. Pero todas las esperanzas, formuladas quizá en lenguas y palabras distintas, se aunan en el ferviente y angustioso deseo de que el mundo siga las enseñanzas de Aquel que dijo a todos los hombres: "Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida."